



Cuando entraron a avisarme lo que había pasado en la Sala Botero, me contuve. Mi cargo y mi peinado no pueden desentonar. Me acomodé el corbatín y tosí carraspeando un poco.

No hagan nada todavía, dejen que ya voy.

Qué hacer en un caso de estos, eso no me lo explicó nadie. Pero estoy mayorcita y para algo tengo autoridad. Mandé a traer tres parales e hice que la cercaran en el rincón por el momento, que nadie la fuera a tocar, que de todos modos miraran las cámaras para reconstruir lo ocurrido. Esto da para más, pensé. La hoja de laurel coronando la cima lo sugería.

Desde que uno entra a esto le dicen: no coma en el puesto, no se quede dormido, no hable por celular. Pero a ver, quién cumple. Cuando entro al circuito me siento aislado del mundo y a la vez con todos, siento ese poder de verlos y de seguirlos sin que sepan de mí. Frente a mí son vulnerables como nunca aunque no les vaya a hacer nada. Es como cuando alguien se mira en una ventana que refleja la luz y uno está del otro lado viendo cómo se mira la cara. Casi siempre estoy solo porque el capitán viene muy de vez en cuando, viene de ronda y se va. De resto, siempre yo aquí, encerrado por estas dos puertas (la una de clave y la otra de tarjeta) y al mando de esta cabina de monitores.

Ese día me había llamado mi arrocito en bajo y yo miraba las pantallas mientras hablaba. Pero no sé qué me dijo que me descuidé y ahí fue donde pasó lo que pasó. No sé por qué cuando hablo por teléfono tengo que mover las manos o cambiar de posición o alguna cosa así. Estoy a punto de volar pa la porra, a no ser que la directora haga entrar en razón a mi capitán y le explique que la novedad más que perjudicar al museo lo beneficia.

Soy un artista de la cagada, me da risa el revuelo que han armado por mi obra pero mis móviles son sencillos. Me impresiona mucho cagar, no desde siempre, pero hace mucho tiempo, y es como si la mierda fuera mi gran destino. Ese silencio frente a algo que todo el mundo conoce de tan cerca, eso que todos quieren evitar, que no se les asocie ni con el acto ni con el producto. Todos andan campantes y sonrientes, siempre deslindados de sus desechos, la reserva que tienen con la cagada va más allá de la intimidad, porque hay cosas íntimas que de alguna manera terminan por traslucirse en los asuntos cotidianos: un movimiento sexual, una mirada que denota una vida serena, gestos que solo podría tener un padre o una madre acariciando su hijo, detalles así, como efluvios del ser. Pero de la mierda, ni el rastro frío. Creo que ni un espía en la guerra fría hubiera sido capaz del hermetismo y la simulación que cualquiera le dedica a su mierda (demás que se entrenaban cagando). Es como si no existiera. No es justo.

Desde *El obispo negro* Botero no ha pintado y mucho menos dibujado nada que valga la pena. Ahora gano bien y todo pero no dejo de ser de esta ciudad, no dejo de pasar por La Veracruz o por El Raudal y ver que las putas que él pinta nada tienen que ver con las nuestras, nuestras putas..., nada que ver con la generosidad y la grandeza de unos seres que a los hombres con hambre les dan de comer —solo por dar un ejemplo desde mi rol de

transeúnte del vecindario del museo, aunque también desde mi vida nocturna—. Lo suyo es la caricatura onerosa, a gran escala y bajo nivel.

Bueno, el caso es que como autoridad me competen las medidas, y siempre me obligaré a la lucidez: debía responder a la altura de un gesto que a primera vista tenía una fuerza de transgresión incomparable.

Los paraleles eran como esos tubos para hacer la fila en el banco, con unas bandas que se extendían a la altura de la cintura del espectador. Esto era provisional, no es que me gustara de a mucho: mandé cortar ocho varillas de chingalé de treinta centímetros cepilladas por los cuatro cantos, y con una cinta fucsia que desde hacía tiempo rondaba por la oficina hice diseñar una vésica piscis que enmarcara la mierda saliendo desde el rincón por toda la diagonal del cuadrado que se formaba trazando las perpendiculares desde la doble distancia del bollo laureado al vértice del rincón (esto no hubiera sido posible si la plasta no hubiera quedado sobre la diagonal). Un día nos llevamos en eso y al día siguiente teníamos nueva pieza en la colección.

En la grabación del 5-20 aparecía el tipo todo campante: pasó de mirar la chocolatera y el hombre con birrete para acuclillarse en el rincón escogido: entre el cuadro del gordo echado en el techo y el tipo que se está cayendo del caballo. Y ahí se quedó, la cámara cogió todo, me llamó la atención lo bien vestido que iba y el sombrero, verde oliva como una campana, parecía de espantapájaros. Me pareció bien curioso también que después de poner la hoja se quitara el sombrero y le hiciera una venia a sus gracias. Cuadro, cuadro el de las caras de la gente mientras él hacía lo que hacía, y él ahí quieto, la estática del sombrero era la reproducción de su quietud. Cuando salió, salió como si nada y hasta se despidió de Narvéez con dos dedos levantados.

Lo que me pareció más charro fueron las reacciones de la gente cuando la exposición quedó lista con todos los fierros. Hubo de todo. Aquí pongo lo que se logra captar de las cámaras: dos muchachos con pinta de universitarios se echaron para atrás apenas vieron la mierda, o bueno, uno se echó de para atrás y el otro dijo ¡Qué mierda es eso! Unos extranjeros que llevaban escarapelas dizque de Seminario de Teoría e Historia del Arte, empezaron a mirar y hablar, y mire que no ha mirado y hable que hable, a veces miraban para el techo con una mano en la cumbamba. Un españolete le dijo a otro: ¡Vamos tío que esto es estética! ¡Cómo ves ese aparecer? ¡Qué se habrá creído este chaval! Y el otro, colombiano, le respondió: pues qué te dijera hombre, esto es una muestra ejemplar de interpelación en el arte,

mirá nada más cómo nos habla el aroma, esta obra impacta en lo visual, en lo olfativo, en lo gustativo si se tienen en cuenta las conexiones gusto-olfato e incluso en lo auditivo si le contamos las moscas. Con lo dicho por el compatriota una argentina se animó a terciar: Che, ¿viste? ¡Qué loco! Qué groso... este pibe sí sabe lo que somos y no se anda con grandiosidades, pinta una mierda y sale... mirá la hoja, somos a pesar de... ese es el mensaje... lo brutal es que no se pega a nada, ni a la obra ni a la autoría, mirá que ni firma... en unos días no estará más ahí, chao de obra dirán las moscas y según dice aquí él ni presentó su obra... ¡me hace flashar! Flipé, loco, ¿viste? Es una versión criolla de los mandalas. Después entró otro que según me dijeron es chileno: Cachai weón la ueá! E'to pué ser una mierda po, pero e' la muestra de que el arte nace en la contemplación del espectador. E' la muestra de que el diálogo que se establece entre el contemplador y la obra es lo que configura el llamado rilqueano, el mismísimo mandato: has de cambiar tu vida. E'ta obra, aunque sea una mierda, cambia mi perspectiva del arte, que e' como decir que cambió mi vida. ¡E' que cómo e' posible e'ta weá en un museo! Pero ya que e'tá, ¡chucha, cómo me da en la cara po!

Con nadie intimidad como con ella, nunca ese silencio. Nunca tan yo para ella, nunca tan debido a otra cosa como al descanso que me otorga. Merece todo de mí, todo mi cuerpo, toda mi concentración y mente en blanco, ausencia de toda distracción. Y si no digo su nombre no es por pudor. Es la Innombrable, la Incognoscible. Mi abuelo decía que la experiencia y la... nadie la coge. Porque es la Intocable.

Nunca he entendido cómo es que en las películas hay gente que lleva revistas al encuentro. Signo de desespiritualización. Yo soy espiritual y ese día seguí siéndolo. Ni siquiera tuve que pensar en Kelly o Pinzón que siempre me ayudan en los bollos difíciles: no hay fibra como sus rostros. El papel del rostro en la cagada, como para una tesis, veo unos rostros y cago. Qué pensarán ellos de que yo los piense; a mi manera, son solo míos. No cualquiera merece nuestro rostro cuando cagamos, esa angustia tan secreta, el semblante de meditación mientras se espera. Cuánto se juega en una cagada... gestos nunca antes vistos, ni después, ideas fundamentales, respiración que recarga el mundo.

Este tiempo necesita filosofar sobre la mierda, y yo lo hago con mis obras. Porque nada tan estéril como pensar, como pensar y decir y explicar. Yo prefiero poner ahí y no decir qué es lo que pienso. Y no hacer más que cagar. ¡Qué belleza de palabra! Sobre todo en alemán, donde suena a silencio, a invitación a callarse, como lo que es: aire, silencio y concentración. En francés le cabe el mar. ■